quizá el único que oculta violentas pasiones bajo un exterior dulce y distinguido, no sé ya de quién fiarme. Me creía dotada de penetración y veo que he sido víctima de su galantería, de las buenas maneras que ha ensayado para exponerlas delante de mí.

—Si quieres que te diga la verdad, y no te enojas por ello, te diré que no te creo en extremo penetrante.

—¿No? ¿por qué?

—Porque te ocupas demasiado de tí misma para poder pensar gran cosa en los otros. Tienes gran sagacidad para atinar con la parte débil de su armadura; pero en cambio no quieres admitir que existan otras fuertes y capaces de resistirte. Apercibes un defecto, un blanco, y allí diriges tus tiros; pero á veces yerras el golpe y tu lindo puñal queda roto en tu mano; esto es lo que te ha sucedido con el Marqués.

—¿Y lo que crees que me sucederá con todos los otros? Puede que tengas razón, y que yo me crea fuerte sin serlo. Trataré de modificar este defecto.

—¿Y por qué buscar la fuerza cuando te daría más resultado la dulzura?

—¿Pues acaso no soy dulce? Yo creía, por el contrario, ser insinuante, como pocas.

—Tienes toda la apariencia de tal, todo el encanto, pero esto en tí es un medio, como tu belleza, tu ingenio y todas tus dotes naturales. En el fondo, tu corazón es frío, duro tu carácter.

—¡Cómo me elogias esta mañana!..... Preciso será que me acostumbre á tus rigores: pero, en fin, me resigno y te pregunto: ¿no crees que puedo llegar á ser amable, si me lo propongo?

—Es tarde.

—¿No admites que un sentimiento nuevo, desconocido, el amor, por ejemplo, pueda despertar en mí instintos dormidos?

—No, se hubieran despertado ya. No tienes el alma sensible, no la has tenido nunca; no has amado ni á tus pájaros, ni á tus muñecas, ni á nada.

—¿Es decir que, según tú, soy un pequeño monstruo? No me crees bastante mujer.

—Ni bastante hombre.

—Pues bien—dijo, levantándose con mal humor—trataré de ser hombre; desde hoy haré la vida de muchacho; iré de caza, montaré á caballo, tomaré parte en las carreras, hablaré de política, trataré á los hombres como camaradas y á las mujeres como niños; me reiré de todo y no me interesaré por nada ni por nadie; así son los hombres de

mi tiempo; trataré de conocer si su estupidez les hace dichosos.

Quise hacerle alguna observacion: pero sin oirme pidió su caballo y se fué á pasear por el bosque en medio de todo París sin más compañía que la de su criado, el famoso Beltrán, con quien sabía podía contar para todo.

Era la primera vez que salía así sin su padre ó sin mí; es verdad que yo no montaba, y su padre no tenía tiempo de ser su caballero, viéndose por lo tanto privada casi siempre de ejercitarse en la equitación, que le gustaba en extremo.

Nos había anunciado más de una vez que en cuanto cumpliera su mayor edad querría gozar de una libertad absoluta, según la costumbre inglesa ó americana; pero nunca creíamos que lo llevara á efecto; lo llevó como vemos, y desde aquel día salió sola á caballo, ó en carruaje, encargándose asimismo de hacer ó pagar visitas. Esta excentricidad no desagradó en general, aunque se le criticaba; pero luchó con tanto heroismo que triunfó de los escrúpulos de todo el mundo.

Yo temblaba que cualquier día le ocurriese salir sola y á pie por las calles, pero se abstuvo y en suma, protegida por los criados, por su lujo y por su excentricidad ya notoria, siguió haciendo esta

vida de independencia, de libertad precoz á la cual su padre no se atrevió á oponerse, temiendo la situación de espíritu en que la veía, y creyendo que este nuevo capricho le haria olvidar la idea de mi sobrino.

Pablo volvió de Alemania y todos mis temores volvieron con él; yo no quería que volviese á ver á Cesarina; ¿pero cómo decirle que no volviese á verla sin confesarle que temía un nuevo ataque á su reposo? Cesarina parecía curada; ¿pero quién se fiaba de ella ? Si de nuevo le tendía el lazo del matrimonio, ¿podría resistir á la tentación, condenándose á una vida de sufrimientos y decepciones?

Me decidí, pues, á revelarle toda la verdad y me adelanté á su visita yendo á buscarle á su oficina.

Tenía un poqueño despacho en casa de su editor, y fuí á las siete de la mañana convencida de que, ya en París, acudiría al trabajo antes que al reposo. Cuando le confesé mis temores sin hablarle de las amenazas del Marqués, que hubiera querido arrostrar, se echó á reir, y me tranquilizó de este modo:

—No tengo inclinación al matrimonio, y de todas las seducciones que Mlle. Diétrich puede poner en juego ésta es la más ineficaz. ¡Casarme con

una mujer ligera! ¡Yo! ¡Dar mi tiempo, mi nombre, mi porvenir, mi honor á una muchacha sin reserva, sin freno, que juega su reputación á cara ó cruz! No temáis, tía, no temáis: me es antipática, os lo he dicho y os lo repito: ¿creéis que soy capaz de torcer mi inclinación por participar de su fortuna? ¡Creía que mi vida entera daba un mentís á esta suposición!

—Sí, hijo mío, sí, es verdad; y no es tu ambición lo que yo temo, sino algún vértigo de la imaginación ó de los sentidos.

—Tranquilizaos, tía; tengo una amante más joven y más linda que Mlle. Diétrich.

—¿Qué me dices? ¿Tienes una amante?

—¡Eso os sorprende!

—Nunca me has dicho nada.

—No me lo habíais preguntado.

—No me hubiera atrevido á preguntarlo. El pudor existe entre una madre y su hijo.

—Entonces no hablemos más de ello.

—Sí tal; yo quiero saberlo todo. Tengo interés; mucho más que tu gran prestigio para con Cesarina consiste en que te cree de la pureza de los ángeles.

—Pues decidle que no la tengo.

—¿Pero de dónde sacas el tiempo que consagras á tu amada?

—Le destino el único de que puedo disponer; no voy á sociedad, no voy al paseo, no voy al teatro. No gasto un minuto que no sea en mi trabajo ó en la mujer amada.

—¿Y eres dichoso?

—¡Muy dichoso, tía!

—¿Te ama?

—Con extremo.

—¿Es decir que no hay una nube en tu cielo?

—En cuanto á eso.....

—¿No te hace dichoso?

—¿Queréis saberlo todo?

—Sí, puesto que ya sé algo.

—Pues bien, escuchad.

«Hace dos años y algunos meses que fuí de parte de mi principal á casa de otro editor que pasa los veranos en el campo, en las márgenes del Sena.

»Después de dejar el camino de hierro, tenía que andar un largo trecho á pie por la orilla del río, bajo los sauces; al acercarme á un bosquecillo que formaban estos árboles en una pequeña punta de tierra, que como una península avanzaba en el agua, vi á una mujer que se ahogaba; la salvé, la llevé á una casa contigua muy pobre, donde nos recibió una campesina, que prorrumpió en gritos al reconocer á su hija.

—»¡Ah! desgraciada—decía—ha querido morir; ¡ya sabía yo que acabaría así!

—»Pero no ha muerto—dije yo;—cuidadla, reanimadla, yo corro á buscar un médico. ¿Dónde habrá alguno por aquí?

—»Allí—me dijo, señalándome una casa blanca enfrente de la suya, pero al otro lado del río.—Buscad un barquero cualquiera que os pase, la primera barca que veáis.

»Corrí, en efecto, á la barca, pero nadie había ni dentro ni fuera de ella. Yo que me había sumergido ya en el agua para salvar á la muchacha, arrojé de nuevo mi paletot y atravesé á nado el río que no es muy ancho por aquel sitio: llego á la casa del médico y me dicen que está ausente; pido que me indiquen otro, me señalan la aldea que está á mi espalda, vuelvo á pasar el río, voy lo primero á casa de la lavandera, porque la madre de mi pobre salvada, era lavandera. Quería saber si aún era tiempo de llamar médico y encuentro que el que yo había ido á buscar había pasado casualmente por allí y le habían hecho entrar.

—»La pobre chica—me dijo—está desvanecida; pero la habéis salvado. Es una suerte exponerse con tan buen resultado; pero no se debe llevar la

abnegación más allá de lo justo. Estáis chorreando, el tiempo está fresco, id á mi casa y que os den ropa mientras yo cuido á la enferma.

»Me hizo subir quisiera ó no en su cabriolé, dando orden á su cochero de subir á escape el puente que no estaba lejos y de que advirtiese me ofrecieran en casa cuanto necesitase. En cinco minutos llegamos y la mujer del doctor, enterada por el criado, que volvió en busca de su señor, me hizo acercar á la chimenea y me ofreció toda la ropa necesaria y un vaso de vino caliente que me reanimó.

»Apenas se había efectuado mi cambio de ropa, llegó el doctor y me dijo que nuestra enferma estaba perfectamente y que no me dejaría marchar hasta después de comer, dando lugar mientras tanto á que mi ropa se secara. Durante la comida, aquellas gentes me informaron de Margarita, tal era el nombre de mi suicida. Tenía diez y seis años, había nacido en aquella misma casa y se habia criado con mil trabajos, ya ayudando á su madre ya dedicándose á un trabajo un poco más fino como era el de encajera. Dijéronme que era buena, laboriosa, nada coqueta, pero que tenía la desgracia de ser admirablemente hermosa y fijar por lo tanto la atención de todos los hombres.

Su madre la enviaba á llevar la labor á sus parroquianas y en una de estas excursiones había encontrado el año anterior á un estudiante que la habló, la esperó, la persuadió, y al que por último consintió en seguir. Dijéronme que estaba atenuada esta falta por el mal trato que le daba su madre, lo cual no impidió que ésta pusiera el grito en el cielo cuando su hija desapareció sin haber lucro para ella.

»Al cabo de dos meses, el estudiante, que se había llevado á Margarita á París, ó no se sabe donde, prometiéndole casarse con ella, abandonó á la joven, ofreciéndola por toda indemnización una cantidad de dinero, que rehusó.

»Volvió á casa de su madre, que la hubiera perdonado quizá si hubiese traido alguna fortuna, pero que no siendo así la llenó de injurias y de golpes.

»Desde esta triste aventura—continuó el doctor—Margarita se ha conducido con la mayor prudencia; trabaja con constancia, sufre con resignación los malos tratos de su madre, y nosotros hacemos por ella lo que podemos, mi mujer dándole labor y yo cuidándola, porque ha estado muy enferma. Desde hace algunas semanas, sobre todo, su situación se ha hecho más grave, porque

la persigue un viejo libertino, el propietario más rico del país, y su persecución se ha hecho tan obstinada, que Margarita ha perdido la cabeza y ha querido matarse, para escapar así al mal destino que la persigue. No sé si le habéis hecho un servicio, pero habéis cumplido con vuestro deber salvando á esa infeliz, que hubiera sido honrada á tener otra madre.

—»¿Y no podéis traerla á vuestra casa, doctor? ¿No podréis colocarla en alguna otra?

—»Su madre no consiente en que se le arrebate su presa, y mi posición en el país no me permite un rapto.

—¿Qué va á ser entónces de esa desgraciada?

—»Se perderá ó se matará.

»Tal fué en resumen mi conversación con el doctor. Al día siguiente volví á ver á Margarita; la encontré sola, pálida y débil; su madre había ido á recoger ropa de sus parroquianas. La joven, al verme, se echó á llorar; yo, como única recompensa, exigí que renunciara á sus proyectos de suicidio, y la joven bajó la cabeza sin responderme.

—»Sé vuestra historia—le dije;—conozco vuestra intolerable posición, os compadezco, os estimo y quiero salvaros; pero no soy rico y no puedo ofre-

ceros más que una posición muy humilde. Conozco una mujer, excelente encajera también, dulce, desinteresada, de cierta edad; daré por vos una modesta pensión y ella os tendrá hasta que podáis vivir de vuestro trabajo; ¿os conviene?

»Rehusó, creí que se decidía á ceder á las exigencias de su perseguidor, pero me engañaba: era que temía las consecuencias de nuestra unión.

—»Si me fuera con vos—me dijo—me haríais vuestra querida y no os casariaís conmigo.

—»Ciertamente—le dije—no pienso en casarme.

—»¿Nunca?

—»Por lo menos en diez ó doce años, porque hasta entonces no tendré medios para sostener á mi familia.

—»¿Y si encontráis una mujer rica?

—»No la encontraré.

—»¿Quién sabe?

—»Si la encontrara, tendría que aguardar á que me hiciera yo rico á mi vez; no quiero deber nada á nadie.

—»¿Y qué sería yo para vos si os sigo?

—»Nada.

—»¿Nada?..... ¿No exigiréis recompensa?

—»No por cierto; no estoy enamorado de vos á

pesar de que sois bella; no tengo tiempo de tener una pasión, fuerza es decíroslo, y además soy demasiado altivo para elegir á una mujer de la que yo no sea el primer amor. Abusar de vuestra belleza, de vuestra posición, sería un abuso de confianza; yo os ofrezco una vida humilde, laboriosa, pero honrada; otro os propone el bienestar con la vergüenza, reflexionad. Aquí tenéis una tarjeta. Si tenéis confianza en mí, id á buscarme.

—»¡Dios mío!—murmuró sollozando, ¿por qué sois tan bueno para mí?

—»Porque al salvaros de la muerte es mi deber haceros posible la vida.

»La dejé; al día siguiente se presentó en mi casa, la conduje á casa de la encajera que debía darle asilo, y no la ví en ocho días. Cuando tuve tiempo de ir á informarme de ella, la encontré trabajando. Su maestra hacía grandes elogios de ella, y Margarita me dijo que era dichosa, transcurriendo así algunos meses, en los que pude convencerme de su buena conducta y de su buena conciencia. Trabajaba mucho, no salía más que con su maestra, viéndome yo satisfecho de haber hecho un beneficio, lo cual es más difícil que parece.»

—¿Es decir que después te has enamorado de ella?

—No, es ella la que se ha empeñado en amarme, en exagerar mi mérito, en tomarme casi por un semidios y en llorar por mi indiferencia. Cuando la he visto triste y he querido penetrar el motivo de su tristeza, he visto que hacía su desesperación el no agradarme.

—«Estáis equivocada—le dije—me agradáis mucho, y si fuerais una muchacha ligera os hubiera hecho la corte, pero vos merecéis suerte mejor que la de inspirarme una aventura, y ya sabéis que no podéis ser mi mujer, os lo he dicho.

—»Lo sé—respondió—sois un hombre leal y digno; no podéis casaros con una joven perdida como yo; pero si consintiera en ser vuestra amante, ¿me despreciaríais?

—»Ahora que os conozco, no; por el contrario, tendría por vos las mayores consideraciones, la más firme amistad.

—»¿Y nuestro compromiso duraría mucho?

—»¡Mucho, siempre quizá!

—»Pero no me prometéis nada en absoluto?

—»Nada. Añadiré además que vuestra suerte no sería más brillante que lo es hoy; vivo rodeado de privaciones, no tengo casa, no podría veros durante el día; no careceríais de lo necesario, pero no tendríais nada de superfluo.

—»Pues aun así acepto, me contento; mientras pueda trabajar no os seré gravosa; vuestro cariño es todo lo que deseo y con veros todos los días seré feliz.»

—Así empezaron mis relaciones con Margarita: compromiso ligero y frágil en apariencia, pero hoy formal en realidad. Creo que os he dicho bastante, querida tía; oigo la campanilla que anuncia que ha entrado alguién en el almacén y tengo que acudir. Si queréis saber el resto, id mañana á mi casa.

—¡A tu casa! ¿Tienes casa?

—Sí, he tomado en la calle de Asas una pequeña habitación donde trabajan Margarita y Mad. Ferón, la obrera que la recogió y que no ha querido separarse de ella. Yo voy por las noches solamente; pero mañana estoy libre desde mediodía, y si queréis ir mañana á la una, me encontraréis en casa.

Al día siguiente estaba yo puntual á la hora que me había dicho; pregunté al portero por madame Ferón, encajera, y subí al tercer piso. Pablo puso á su hijo en mis brazos, exclamando:

—¡Abrazadle, tía! Este es el fin de mi historia.

Yo estaba enternecida, y sin embargo, contrariada; la brusca revelación de aquel secreto, tan bien guardado hasta entonces, me ponía en el caso

de pensar en el porvenir que yo apetecía para mi sobrino, y que no era ciertamente el verle con una querida y un hijo natural.

La infancia es tan bella y el beso de un niño tan poderoso, que en cuanto entré en la estancia senté al niño Pedro sobre mis rodillas y le estreché contra mi corazón sin poder articular ni una palabra.

Margarita estaba á mis piés y sollozaba.

—Abrázala también, tía—me dijo Pablo;—si no lo mereciera no te hubiera hecho venir aquí.

—Abracé á Margarita y la contemplé un instante. Pablo me había dicho la verdad. Con su modesto atavío era mil veces más hermosa que Cesarina con todo el esplendor de sus brillantes. Las desdichas de su vida habían dado á toda su persona una expresión de tristeza, una languidez que á primera vista interesaba y á medida que se la contemplaba imponía más.

Asombrábame de que no hubiera inspirado á Pablo una pasión más vehemente, y en breve creí descubrir la causa. Margarita era una verdadera hija del pueblo con las cualidades y los defectos de una educación rústica y pasaba del extremo de la timidez á una confianza demasiado espansiva. No era de esas naturalezas excepcionales á las que

transforma el contacto con una inteligencia privilegiada; hablaba como había hablado siempre. No tenía la travesura de la griseta parisién; era reflexiva, y si tenía momentos en que la emoción le hacía encontrar una frase, una imagen oportuna, por lo general su palabra era vulgar, y como acostumbrada á traducir siempre ideas pueriles.

Pablo me presentó también á Mme. Ferón, viuda de un oficial subalterno, y que vivía modestamente con una pequeña viudedad y lo que producía su trabajo. Ayudaba á Margarita en los cuidados del hogar, sacaba á pasear el niño, y no consentía en recibir otra recompensa que la casa de balde que le proporcionaban.

Me mostraron el cuarto, muy pequeño, pero muy limpio; las dos mujeres tenían habitaciones separadas, y entre ambas había una pieza más grande que servía de sala y de obrador; el comedor y la cocina eran microscópicos; pero había un gabinete bastante espacioso, donde Pablo se había hecho llevar libros, un buró, un sofá y algunos otros objetos de arte.

—¿Trabajas aquí?—le pregunté.

—Algunas veces, cuando mi señor hijo echa los dientes y no me deja dormir; pero no es para

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

darme el lujo de un despacho para lo que he querido esta pieza más.

—¿Pues para qué?

—¿No lo adivináis?

—No á fe.

—Pues bien, ha sido para vos, querida tía; este es nuestro cuarto mejor, el amueblado con más lujo, y podréis estar aquí sin que os molesten mucho las rabietas del caballero Pedro.

—¡Cómo! ¿intentas que me venga á vivir contigo?

—Sé que estáis mejor en el palacio Diétrich; pero no estáis en vuestra casa, y siempre os he dicho que un capricho de Cesarina podría hacéroslo conocer el día menos pensado. He querido ofreceros para entonces un modesto rincón; no quiero encontrarme nunca en el caso de veros salir de allí con vuestro equipaje sin tener una casa que os sea propia. Aquí la tenéis, querida tía, para vivir siempre en ella ó para disponer tranquila lo que más os plazca. Aquí tenéis vuestro cuarto, dos criadas que os sirvan y un criado que á título de sobrino, os servirá aún mejor.

Yo abracé á mi sobrino profundamente conmovida. Toda la familia me rodeó, me acompañó después hasta el pie de la escalera, y no me dejó partir sin hacerme prometer que volvería.

Convinimos en que no vería á Pablo más que allí en su casa en los días que él tuviera libres, y nos separamos.

Yo estaba aterrada de ver así á Pablo á los veinticuatro años con un compromiso que su paternidad haría difícil de romper, y por otra parte consolábame verle libre de los caprichos de Cesarina y de la venganza del Marqués.

Cesarina se apercibió en breve de mi tranquilidad, que contrastaba con la emoción primera que sentí. Miróme con atención cuando volví á casa, y me dijo:

—¿Qué tienes? Tú has estado mucho rato fuera y has llorado.

Yo lo negué.

—No me engañes—dijo.—Tu sobrino ha vuelto, ¿está malo quizás?..... Pero no, no está en peligro, lo leo en tus ojos.

—Si mi sobrino estuviera enfermo, aunque estuviera fuera de peligro, yo no hubiera vuelto. Tu suposición es inverosímil.

—Buscaré otra, otras diez si quieres, y acabaré por encontrar la verdadera. Esta mañana ha habido un episodio triste en tu vida; eso se ve á la legua.

—Pues bien—la dije esperando curarla de una

vez.—Mi sobrino me ha causado hoy una gran sorpresa; me ha revelado que se ha casado.

—¡Ay, qué gracioso!—exclamó Cesarina lanzando una carcajada, pero palideció profundamente.—¿Todo eso has imaginado para apartarle de mi imaginación? ¿Acaso ha podido casarse sin tu consentimiento?

—Ya lo creo; es mayor de edad y está emancipado, por lo tanto, de mi tutela.

—¿Y no te hubiera dado parte siquiera, ese modelo de sobrinos?

—En un matrimonio de inclinación no se consulta á nadie; por fortuna ha hecho una buena elección; hoy mismo he visto á su mujer.

—¿Es hermosa?

—Muchísimo.

—¿Más que yo?

—Más que tú.

—¡Repito que estás graciosa!

—¡He abrazado á su hijo, un hijo encantador!

—¿Su hijo?..... ¿Hijo de tu sobrino? Pues que, ¿acaso tu sobrino está en edad de tener un hijo? Dirás un muñeco.

—Pues bien, un muñeco, pero que ya tiene un año.

—¡Paulina, sigo creyendo que te burlas de mí!

—Te juro que no.

—Entonces, he aquí mi última ilusión perdida como tantas otras.

Y volviéndose de espaldas, escondió el rostro entre sus manos y lloró amargamente.

Yo la contemplaba con estupor, preguntándome si sería un nuevo juego para enternecerme, para hacerme acaso retractar de mi mentira. Viendo que nada le decía salió con impetuosidad y la seguí á su cuarto, donde Mr. Diétrich, en vista de que no bajábamos á comer, subió á buscarnos.

Cesarina no aguardó á que la preguntasen; estaba en una hora de verdadera expansión, y lloraba de verdad.

—Padre mío—dijo—ven á consolarme, porque Paulina es hoy indiferente á mi pesar. Su sobrino está casado, casado desde hace tiempo, puesto que ya tiene un hijo. Ya ves que me he forjado la más ridícula novela que puede imaginarse; pero no te burles de mí; sufro demasiado. ¿No te había dicho que él era el único hombre á quien podría amar? Todo lo reunía; inteligencia, dignidad de carácter, pureza de costumbres, y esa delicadeza que yo en vano buscaba en los demás que me rodean, incluso el Marqués. Ahora, después de este chasco, ¡ya puedo echarme á buscar un hombre que me agra-